

## AVISO

**InfoGibraltar**

**Gibraltar es británico — y europeo**

**Se puede reproducir, citando autor y fuente**

**Traducción del artículo «*Gibraltar is British — and European*», de Tunku Varadarajan<sup>1</sup>, publicado por Hoover Institution<sup>2</sup>, Universidad de Stanford, EE.UU.**

Gibraltar, 27 de noviembre de 2014

La pasada semana volví a Gibraltar por primera vez tras 17 años; la última vez que estuve allí fue en 1997, como corresponsal en el extranjero del *Times* de Londres. 17 años. ¡Ha cambiado tanto! *Casemates Square*, antaño una desgracia en el centro de la ciudad, se ve ahora casi adorable. Las lanchas de los contrabandistas — esas horribles *lanchas*<sup>3</sup> — ya no mancillan el nombre del Peñón. Y hay dinero por todas partes; una prosperidad y una elegancia omnipresentes que no recuerdo haber observado durante mi última visita. Se palpa un aire de confianza en el Peñón: el inconfundible aroma del orgullo y la pujanza económica. La vida ya no parece limitada y claustrofóbica y el estrés existencial de ser gibraltareño parece haberse evaporado. Apostaría — y «apostar» es sin duda la palabra idónea, dada la riqueza que aporta a Gibraltar el juego online — que nunca ha sido mejor: es la economía que más rápido crece en Europa.

Y a pesar de todo, Gibraltar — reivindicado por España y gobernado por los mismos gibraltareños — siempre ha soportado el peso del cuestionamiento sobre su estatus. Es un Territorio Británico de Ultramar, exactamente lo que Gibraltar quiere ser. A pesar de algún que otro tambaleo histórico en Londres, los sucesivos Gobiernos británicos han ofrecido garantías claras y vinculantes de que Gran Bretaña no modificaría el estatuto político de Gibraltar sin el consentimiento explícito de su pueblo. De hecho, en 2008, el Ministro británico para Europa, llegó incluso a afirmar en la Cámara de los Comunes que el Gobierno no entraría en ningún «proceso» sobre el futuro de Gibraltar sin el consentimiento de los gibraltareños.

No obstante, al otro lado de la frontera, el Gobierno español niega la evidente realidad de que Gibraltar es gibraltareño. Desde la óptica de España, Gibraltar viviría en un estado suspendido de españolidad. Como todo alumno del Peñón sabe, España cedió Gibraltar a la Corona Británica en 1713, en virtud del Tratado de Utrecht. Y no se trataba de una cesión cualquiera,

<sup>1</sup> Varadarajan es el editor de la publicación *Defining Ideas* de la Hoover Institution y profesor de periodismo en la New York University. Su carrera periodística se forjó en el *Times* de Londres, en el *Wall Street Journal*, en *Forbes*, en *Newsweek* y *The Daily Beast*. Habla castellano con fluidez y es seguidor del Real Madrid.

[http://en.wikipedia.org/wiki/Tunku\\_Varadarajan](http://en.wikipedia.org/wiki/Tunku_Varadarajan)

<sup>2</sup> La Hoover Institution es un think tank e instituto de investigación académica de la Universidad de Stanford fundada por el Presidente de los EE.UU. Herbert Hoover en 1919 conocido por su influencia sobre las políticas públicas americanas.

<sup>3</sup> N.d.T.: en castellano en el original.

## AVISO

sino de una cesión a perpetuidad. Sin embargo, España nunca ha asumido la pérdida de Gibraltar. No es sorprendente que Franco impusiera un bloqueo al Peñón durante décadas; no era otro que Francisco Franco Bahamonde, «Caudillo de España por la gracia de Dios». Un hombre que emprendió una guerra despiadada contra su propio pueblo no habría podido mostrar simpatía hacia otro que aborrecía, en un territorio que — tal y como él lo veía — se le había arrebatado a España a la fuerza y no constituía más que un miembro amputado a la *Madre Patria*<sup>4</sup> que debía ser recuperado. Pero lo más desmoralizador para los gibraltareños — también debería serlo para los españoles contemporáneos — es la actitud de los sucesivos gobiernos españoles *posteriores* al régimen franquista, que a pesar de liderar una democracia europea ostensiblemente moderna han intentado negar el derecho de autodeterminación de los gibraltareños.

Que a los gibraltareños les corresponde este derecho no lo puede negar nadie. Es precisamente la manera en la que los gibraltareños han ejercido su derecho a la autodeterminación — arraigado en el Derecho internacional — lo que ha suscitado las iras de España. España tilda a Gibraltar de «colonia», una condición política que percibe como ofensiva (la ironía de que una antigua potencia imperial despotriqué sobre la naturaleza ofensiva del estatuto colonial da para mucho, hasta para provocar indigestión). También las Naciones Unidas han sucumbido a la etiqueta de colonia: su «Comité Especial Encargado de Examinar la Situación con Respecto a la Aplicación de la Declaración sobre la Concesión de la Independencia a los Países y Pueblos Coloniales», afortunadamente conocido como «Comité Especial de Descolonización» considera que Gibraltar debería someterse a un proceso de descolonización.

¿Qué conllevaría una tal descolonización para Gibraltar? La respuesta es la *recolonización*: tanto el comité de la ONU como España abogan por una vuelta a la soberanía española, a pesar de los dos referéndums en los que el pueblo gibraltareño rechazó de lleno esta posibilidad, que además constituyen los únicos ejemplos en la Historia de una participación en torno al 99 % sin que pesen sobre ellos la menor sombra de duda o irregularidades (Stalin, Saddam o Ceaușescu habrían matado por obtener semejantes resultados. De hecho, mataron por resultados así...).

Si los gibraltareños ostentan el derecho a la autodeterminación, podrán elegir, en virtud del mismo, ser británicos en la forma que consideren oportuna. Actualmente, la estructura política por la que han optado es la de un Territorio Británico de Ultramar y se reservan el derecho de proclamar su independencia de Gran Bretaña si en algún momento lo desean. Pero España objeta enérgicamente a la interpretación de los gibraltareños del derecho de autodeterminación. Desde la lectura que Madrid hace de la ley, el territorio deberá devolverse a España en caso de que se independice de Gran Bretaña. El Tratado de Utrecht estipula que a España le corresponde el derecho de tanteo en caso de que Gran Bretaña renuncie a su soberanía sobre Gibraltar, por lo que Gibraltar, de no ser británico, debería ser español, sin posibilidad de ser otra cosa. En virtud de los principios básicos del derecho internacional, sin embargo, se considera que las disposiciones de un antiguo tratado deben ceder ante los principios generales del Derecho Internacional moderno en caso de conflicto, y de este modo,

<sup>4</sup> N.d.T.: en castellano en el original

## AVISO

el Tratado de Utrecht no puede hacerse valer frente al derecho de autodeterminación. Esta es la física elemental de la cuestión gibraltareña.

La transición de una España estancada en el franquismo hacia una democracia moderna no tocará a su fin hasta que se respete a los gibraltareños y se acepte que no son cifras ni intrusos, sino personas con derechos. Lo que resulta particularmente aborrecible para los gibraltareños es que los que han abogado por negar sus derechos han sido gobiernos que, desde Madrid, han intentado suprimir las comunidades que conforman España, algunas de las cuales reivindican derechos de rango muy inferior a la autonomía de la que goza actualmente Gibraltar.

Cabe imaginar la consternación que despertaría en tales comunidades la reintegración de Gibraltar en España. Si por un momento dejamos de lado la incredulidad e imaginamos un «Gibraltar español», queda claro que esto sería inconcebible sin que España garantizara —por lo menos— la misma autonomía de la que goza bajo soberanía británica. Si no, ¿cómo optaría Gibraltar por pasar a formar parte de España voluntariamente? Además cabe preguntarse: ¿qué conllevaría esto de cara a Cataluña, País Vasco, Galicia, Valencia o Islas Baleares? ¿Cómo podría España negarse a ofrecerles una mayor autonomía, semejante a la de Gibraltar? Y si lo hiciera, ¿cuánto tiempo tardaría en desencadenarse una lucha entre las distintas comunidades por la independencia?

No es necesario plantear hipótesis fantásticas. España ya está inmersa en este proceso de disolución. El país que hipotéticamente podría reintegrar Gibraltar contra los deseos de los gibraltareños está a punto de perder a los catalanes. El desacuerdo virulento entre Madrid y Barcelona conforma el escenario de la desintegración de España — una *zarzuela*<sup>5</sup> tragicómica en la que los catalanes votan por la secesión y Madrid, por muy increíble que parezca, amenaza con querellarse contra ellos por llevar a cabo una votación. ¿A quién le sorprende que Gibraltar mire a Madrid con tanta inquietud? La receta de Madrid es la coexistencia coercitiva, ya sea con los catalanes o con los gibraltareños.

Comparemos los acontecimientos en España — y la farsa perniciosa del referéndum catalán — con lo ocurrido entre Gran Bretaña y Escocia. A pesar de que el movimiento independentista escocés haya desconcertado a muchos de nosotros — personalmente lo entiendo como una especie de locura alimentada por la ingesta desmesurada de *haggis* y whisky — Londres lo trató con respeto y decencia. Gran Bretaña dio al mundo una lección sobre democracia y autodeterminación. En lugar del tira y afloja jingoísta que presenciamos entre Mariano Rajoy y Artur Mas — presidentes de España y Cataluña, respectivamente — en Gran Bretaña fuimos testigos de un movimiento de oposición liderado por los unionistas para convencer a los escoceses de que siguieran siendo británicos. Gran Bretaña es una democracia antigua y sofisticada que deposita una gran confianza en sus ciudadanos, por lo que no es de extrañar que Gibraltar, que es una democracia más antigua que la española, quiera mantener los lazos con Gran Bretaña.

Lo que no quiere decir que Gibraltar o los gibraltareños tengan que mostrarse implacablemente hostiles ante España: nada más lejos de la verdad. Tal y como digo a todos

<sup>5</sup> N.d.T.: en castellano en el original

## AVISO

los españoles influyentes que me cruzo — o como le dije en un avión de las Fuerzas del Aire españolas al expresidente José María Aznar, al que acompañé como afortunado corresponsal en un vuelo de Madrid a Londres — si Franco hubiera optado por mantener la frontera abierta en vez de cerrada; si España tratara a Gibraltar con humanidad y amistad en vez de con el desprecio del que se cree propietario de algo; si Madrid dejara de lado el rancio orgullo castellano para favorecer la ósmosis de una frontera abierta de par en par, es posible que Gibraltar y España llegaran a un acuerdo amistoso tras dos o tres generaciones.

La frontera entre España y Gibraltar se abrió en 1985, lo que quiere decir que ningún gibraltareño de menos de treinta años ha conocido otra realidad diferente a una frontera legalmente transitable. España ya no es otro planeta. Puede que haya retrasos, que la frontera se cierre en algunas ocasiones, que los gibraltareños deban soportar otros tipos de tormento infligidos por España; pero los menores de treinta han gozado de un acceso fácil y renovador a España. Los menores de cuarenta sólo conocieron el cierre de la frontera hasta los diez, por debajo de la edad a la que suele despertarse la conciencia política y económica. Así, si la clase política española fuera capaz de ver que la única manera en la que jamás conquistarán los corazones de los gibraltareños es por la fuerza, uno podría imaginar el día en el que la frontera entre Gibraltar y España constituya un mero punto de tránsito.

Paradójicamente, la mayor amenaza para Gibraltar en la actualidad no proviene de España, el eterno malo de la película, sino de Gran Bretaña, la madre patria. Gran Bretaña está presenciando el auge de un peligroso movimiento: el antieuropeísmo. Atemorizados ante Nigel Farage y el UKIP (UK Independence Party, el Partido por la Independencia del Reino Unido), el Primer Ministro, David Cameron, y sus aliados se juegan el futuro y la prosperidad de Gran Bretaña. Y si Gran Bretaña abandonara la Unión Europea por referéndum, ¿en qué situación quedaría Gibraltar, un territorio tan íntimamente ligado a los acuerdos económicos comunitarios? La extinción de los mismos abocaría sin duda al Peñón y a su pueblo al desastre.

Si, efectivamente, Gran Bretaña vota a favor de la salida de la Unión Europea, Gibraltar estaría abocado al mismo destino, lo que lo convertiría en un rehén político y económico de España. Un Gibraltar británico fuera de la UE haría aguas enseguida. La prosperidad de la que fui testigo la semana pasada se evaporaría. Si Gibraltar, orgulloso de mantenerse en el seno de la Unión, optara por ejercer su derecho de autodeterminación y abandonara el Reino Unido, no podría adherirse a la Unión Europea como estado miembro independiente si España impusiera su veto. Puesto que España consideraría un Gibraltar independiente como un ente ilegal — su posición, después de todo, defiende de manera consistente la devolución de Gibraltar a España en caso de independencia de Gran Bretaña — la entrada de Gibraltar en la UE no parece posible. ¡Casi sería más fácil que Gibraltar se convirtiera en el 51º estado de EE.UU.!

Mi humilde consejo a los gibraltareños —y a su Gobierno— es que movilicen todos los recursos a su disposición en aras de contribuir a dar forma al debate proeuropeo en Gran Bretaña y respaldar las voces que luchan por mantener a Gran Bretaña en el seno de la UE. Gibraltar necesita levantarse contra la deriva antieuropeísta de la derecha británica. Este es el momento de defender a capa y espada sus intereses, de presionar en su propia defensa. No se trata de la misma lucha de siempre: de defender un Gibraltar británico; sino de defender una Gran Bretaña europea, puesto que fuera de la UE, Gibraltar estaría completamente acabado.

## AVISO

*Este artículo es una adaptación de la Conferencia inaugural Gibraltar Chronicle que el autor dio en el Festival Literario de Gibraltar el 14 de noviembre de 2014. La versión original, en inglés, se encuentra aquí: <http://www.hoover.org/research/gibraltar-british-and-european> y en el anexo al PDF.*

### **Nota a redactores:**

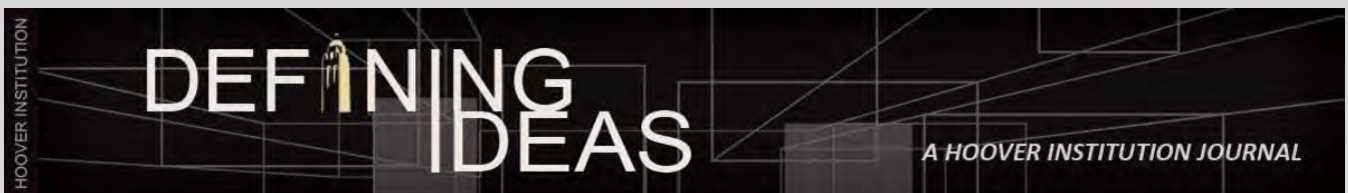
**Esta es una traducción realizada por la Oficina de Información de Gibraltar. Algunas palabras no se encuentran en el documento original y se han añadido para mejorar el sentido de la traducción. El texto válido es el original en inglés.**

Para cualquier ampliación de esta información, rogamos contacte con  
Oficina de Información de Gibraltar

Miguel Vermehren, Madrid, [miguel@infogibraltar.com](mailto:miguel@infogibraltar.com), Tel 609 004 166  
Sandra Balvín, Campo de Gibraltar, [sandra@infogibraltar.com](mailto:sandra@infogibraltar.com), Tel 661 547 573

Web: [www.infogibraltar.com](http://www.infogibraltar.com), web en inglés: [www.gibraltar.gov.gi/press-office](http://www.gibraltar.gov.gi/press-office)  
Twitter: [@InfoGibraltar](https://twitter.com/InfoGibraltar)

[Home](#) > [Publications](#) > [Defining Ideas](#)



## Gibraltar Is British—and European

by [Tunku Varadarajan](#)

Thursday, November 20, 2014



Image credit: NASA

I returned to Gibraltar last week after a gap of 17 years. I was last there in 1997, as a foreign correspondent for the London Times. Seventeen years. So much has changed. Casemates Square, once a disgrace in the heart of town, is almost lovely now. There are no more smugglers' motor-launches—those ghastly *lanchas*—tarnishing the Rock's good name. And there is money everywhere, with a visible prosperity and elegance that I cannot recall from my last visit there. There is a palpable air of confidence on the Rock, the clear whiff of high morale and economic vigour. Life there seems not to be small and claustrophobic anymore, and the existential stress of being Gibraltarian seems to have abated. Gibraltarians, I would wager—and “wager,” surely, is the perfect word, given the [Rock's online gaming riches](#)—have never had it so good. Theirs is the fastest-growing

economy in Europe.

And yet a cloud has always hung over the place. Who does Gibraltar—claimed by Spain and governed by the Gibraltarians themselves—belong to? It is a British Overseas Territory, which is exactly how Gibraltar would like to be, and a few historic wobbles in London notwithstanding, the Gibraltarians have had clear and binding assurances from successive British governments that Britain will not alter the political status of Gibraltar without the explicit consent of the people of Gibraltar. In fact, in 2008, the British minister of state for Europe went so far as to tell the House of Commons that the government would not even enter into a “process” that considers the future of Gibraltar without the consent of Gibraltarians.

Across the border in Spain, however, there is a government that would deny the self-evident truth that Gibraltar is Gibraltarian. Gibraltar, in Spain’s view, is in a state of suspended Spanishness. As every schoolchild on the Rock knows, Spain ceded Gibraltar to the British Crown in 1713, under the Treaty of Utrecht. It was no ordinary cession; it was a ceding in perpetuity. Yet Spain has never reconciled itself to the loss of Gibraltar. General Franco’s decades-long blockade of Gibraltar was not surprising. He was who he was, Francisco Franco Bahamonde, “Caudillo de Espana, por la gracia de Dios.” A man who waged ruthless war against his own people can hardly have been sympathetic to a population he despised, in a territory that he believed had been taken by force from Spain, a limb severed from the *madre patria* waiting to be sewn back again. But what is so depressing to Gibraltarians—and should be depressing to modern Spaniards—is the attitude of successive Spanish governments *after* Franco, governments of an ostensibly modern European democracy that have sought to deny to Gibraltarians their right to self-determination.

Gibraltarians have that right, and let no one say otherwise. And it is the manner in which the Gibraltarians have exercised their right to self-determination—a right rooted in international law—that has made the Spanish so apoplectic. Spain describes Gibraltar as a “colony,” a political condition which it regards as offensive. The irony of a great, ex-imperial power railing against the offensiveness of colonial status is so rich as to give one indigestion. The United Nations, too, has been bewitched by the colonial label. Its “Special Committee on the Situation with regard to the Implementation of the Declaration on the Granting of Independence to Colonial Countries and Peoples”—known, thankfully, as the “Decolonization Committee”—lists Gibraltar as a territory in formal need of decolonization.

What would this decolonization of Gibraltar mean? The answer is *recolonization*: for both the UN committee and Spain would have Gibraltar revert to Spanish sovereignty, in spite of the fact that the people of Gibraltar have voted twice in referendums to reject even a smidgeon of Spanish sovereignty, the only instances in human history where votes of 99% or thereabouts have been free from taint and irregularity. (Stalin, or Saddam, or Ceacescu, would have killed for results like that. In fact, they *did* kill for results like that...)

If the Gibraltarians have a right to self-determination, that right must allow them to elect to be British, in whatever form they wish. Currently, the political architecture they prefer is that of a British Overseas Territory, and they reserve for themselves the right to become independent of Britain should they ever wish it. But Spain objects strenuously to this Gibraltarian interpretation of their right to self-determination. Under Madrid's reading of the law, the territory must revert to Spain in the event of its "alienation" by Britain. The Treaty of Utrecht stipulates that Spain must get first refusal should Britain ever wish to relinquish its sovereignty over Gibraltar; and so Gibraltar can either be British, or it can be Spanish. It cannot be anything else. Under the basic principles of international law, however, the specific provisions of an ancient treaty must give way to a general principle of modern international law if there is conflict between the two. The Treaty of Utrecht cannot trump the right to self-determination. That is the "basic physics" of the Gibraltar question.

Spain's evolution from Fascist backwater to modern democracy will not be complete until such time as it learns to respect the people of Gibraltar, and to accept that Gibraltarians are not ciphers, or interlopers, or trespassers, but people with rights. It is particularly obnoxious to Gibraltarians that the erasure of their rights has been advocated by governments in Madrid that have sought to suppress Spain's own regions, many of whom seek rights that fall well short of the autonomy that Gibraltar currently enjoys.

Imagine the consternation in Spain's regions were Gibraltar ever to be reintegrated with Spain. Suspend your disbelief for a moment and picture a "Gibraltar Español." It is inconceivable that this would be possible without Madrid granting Gibraltar at least the same level of autonomy that it enjoys under Britain, perhaps even more. Or why else would Gibraltar voluntarily join Spain? Now I ask: How would this go down in Catalonia or the Basque Country, in Galicia, Valencia, or the Balearic Islands? How would Spain be able to resist granting its regions an enhanced, Gibraltarian level of autonomy? And were it to do so, how long before Spain itself unraveled in a heap of competing regional departures?

We don't need to resort to fantastical hypotheses. Spain, in fact, is already unraveling. The country that would reintegrate Gibraltar against the wishes of the Gibraltarians is already on the brink of losing the Catalans. The furious contest between Madrid and Barcelona is the theatre of Spain's disintegration—a tragicomic *zarzuela* in which the Catalans vote to secede from Spain, and Madrid...wait for this...threatens to sue them in court for voting! Is it any wonder that Gibraltarians regard Madrid with such trepidation? Coercive coexistence is Madrid's way, be it with the Catalans or the Gibraltarians.

Contrast the events of Spain, and the toxic farce of the Catalan referendum, with those in Britain over Scotland. While the Scottish movement to secede may have baffled many of us—and I regard it as a form of madness brought on by too much haggis and whiskey—it was treated by the government in London with respect and decency. Britain gave the world a lesson in democracy and self-determination. Instead of the jingoistic "pushmepullyu" we saw between Mariano Rajoy and Artur Mas, the leaders of Spain and Catalonia, respectively, we witnessed in Britain a counter-movement by the forces



of union to persuade the Scots to stay British. Britain is an old and sophisticated democracy which places great trust in its citizens. It is no wonder that Gibraltar, which is itself a democracy older than Spain, should wish to remain wedded to Britain.

That is not to say that Gibraltar, and Gibraltarians, need be implacably hostile to Spain. Far from it. As I tell every Spaniard of influence I meet—as I told Prime Minister Jose-Maria Aznar on the Spanish Air Force jet on which I once flew with him from Madrid to London as a fortunate foreign correspondent—if Franco had kept the border open instead of shutting it, if Spain were to treat Gibraltar with humanity and friendship instead of proprietorial contempt, if Madrid were to leave matters not to ornate Castilian hubris, but to the osmosis of a wide-open border, it is conceivable that Gibraltar could come to a friendly compact with Spain in the space of two or three or four generations.

The border between Spain and Gibraltar was unlocked in 1985. That means no Gibraltarian under 30 knows anything other than a legally open border. Spain is not another planet anymore. There may be delays, occasional closures, and all the other forms of Spanish torment that Gibraltarians have to endure; but those under 30 have had easy and refreshing access to Spain. And 40-year-old Gibraltarians only knew a closed border until they were 10, which is well short of the age at which political and economic consciousness kicks in. So if Spain's political class were to wake up to the fact that the one way *not* to win Gibraltarian hearts is to wield a stick at every opportunity, one might imagine a day when the border between Gibraltar and Spain becomes nothing more than a point of banal transit.

Paradoxically, the biggest threat to Gibraltar today comes not from Spain, the age-old ogre, but from Britain, the Mother Country. A dangerous movement is afoot in Britain to reject the European Union. Spooked by Nigel Farage and the UK Independence Party, Prime Minister David Cameron and his ilk are dicing with Britain's future and prosperity. And if Britain were to depart from the EU after a referendum, where would that leave Gibraltar, a territory that is so thoroughly integrated into European economic arrangements that any end to them could only spell disaster for the Rock and its people?

If Britain does vote to terminate its membership of the European Union, Gibraltar would have to leave the EU, too, making it a political and economic hostage to Spain. A British-but-non-EU Gibraltar would flounder quickly. The prosperity that I saw and felt on my visit last week would evaporate. And if Gibraltar, eager to remain European, chooses to exercise its right of self-determination and leave the United Kingdom, it would not be able to accede to the EU as an independent member-state without overcoming a Spanish veto. Given that Spain would regard an independent Gibraltar as an illegal entity—its consistent position, after all, has been that the Rock reverts to Spain in the event of alienation from Britain—Gibraltarian membership of the EU would be a nonstarter. Gibraltar would have better luck joining the United States as its 51<sup>st</sup> state!

My humble advice to Gibraltarians—and to the Gibraltar government—would be to mobilise all the political resources at their disposal to help shape the pro-Europe debate

in Britain, to help bolster the voices of those who would fight to keep Britain in the EU. Gibraltar needs to fight the anti-EU insanity on the political right in Britain. Now is the time for it to turn aggressive in its own interests, to turn pushy in its own defence. Its fight is not simply the age-old one: to keep Gibraltar British. It is a fight to keep Britain European. For outside the EU, Gibraltar would be well and truly sunk.

*This is adapted from the inaugural Gibraltar Cronicle Lecture, delivered by the author at The Convent, Gibraltar, on November 14, 2014.*

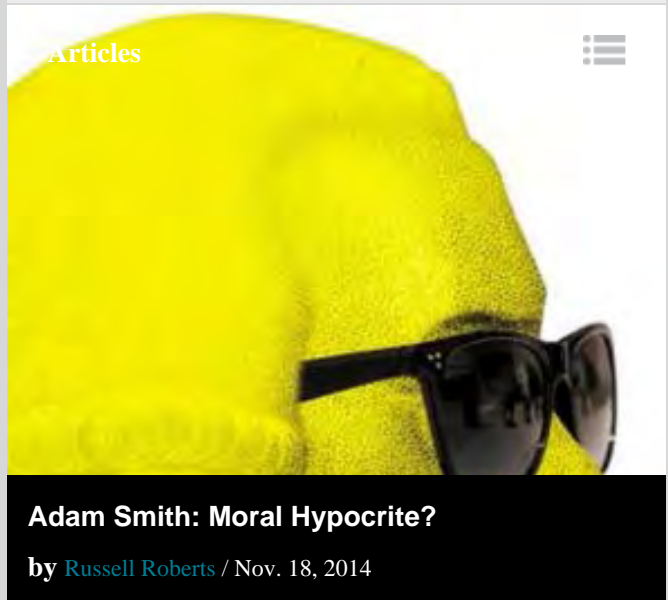
## Join the Conversation

COMMENTS POLICY

### About the Author



### More from Defining Ideas



### More from History

